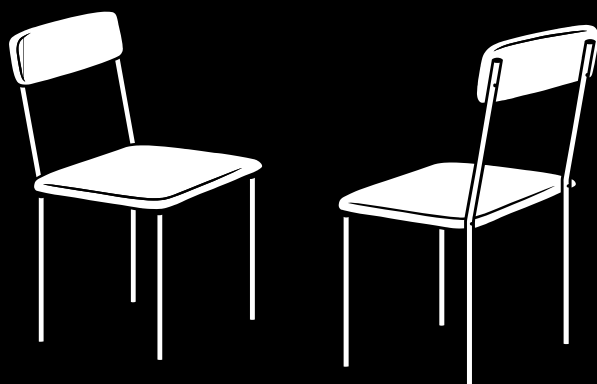


Sobre la impostura en literatura

Una conversación

Enrique Vila-Matas

Jean Echenoz



Enrique Vila-Matas: Creo que no nos une ninguna impostura, sino un bar. Se llamaba El aviador y era un bar de Barcelona. Un local decorado con hélices y escudos, gorras de la RAF, restos de aeropuertos y catástrofes aéreas. Nos llevó allí Sergi Pàmies, y siempre he pensado que él sabía perfectamente que nos llevaba a un escenario que parecía un fragmento de una de tus novelas. Nunca más estuve en ese bar y me han dicho que hace muchos años que no existe, tuvo una existencia fugaz. Fue un bar tan efímero que estoy seguro de que decir ahora que nos une su recuerdo —porque yo sé que preguntas a veces por ese lugar— hasta puede parecer una impostura, sobre todo si tú ahora me desmintieras y dijeras que no recuerdas El aviador, pero no lo harás. ¿No serás capaz de hacerlo, verdad?

Jean Echenoz: Recuerdo perfectamente El aviador, hace ya bastantes años. Y eso que, creo recordar, era muy tarde, con todo lo que eso implica, pero lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer por la noche.

Lo que me impresionó particularmente de ese lugar es que la barra del bar —quiero decir el espacio estrecho y largo frente al que uno se encuentra de pie, detrás del cual está un *barman* y sobre el cual uno coloca lo que bebe—, esa barra era la reconstrucción, bajo una placa de vidrio, de un campo de aviación en miniatura: estrecho y largo, a cuyos costados se encuentran los edificios aeroportuarios y sobre el cual se posan los aviones que acaban de aterrizar o los que van a despegar. Tengo un recuerdo muy vívido de ese lugar porque, entre otras razones, me parecía —de un modo confuso, a esas horas, aunque con una nitidez que permanece intacta— que era así como uno podía sentir ganas de hablar de un campo de aviación en una novela: como de un modelo reducido que uno puede ordenar a su gusto, con el que se puede jugar. Tal vez la impostura radique en eso, y al mismo tiempo no lo creo: es una manera de apropiarse de los lugares que no está nada mal. Pero es verdad que siento un apego particular por los aeropuertos, los de verdad, que aparecen con mucha frecuencia en mis libros. Me siento muy bien en los aeropuertos puesto que de algún modo no existen: son no-lugares, umbrales arbitrarios, donde llevamos una vida provisoria y artificial. Existen tanto y tan poco como las fronteras. Qué pena que ya no exista El aviador y, al mismo tiempo, tampoco está mal que sólo haya existido una noche.

E. V-M.: Bueno, está claro que El aviador, bar que existió una sola noche, es el escenario único (y sabemos que ya para siempre imaginario) de nuestra relación. La verdad es que esa idea de una relación que se ha prolongado a lo largo del tiempo y que de momento ha existido sólo una única noche evoca, salvando todas las distancias, a *Brigadoon*. ¿Recuerdas esa película de Vincente Minnelli en la que dos cazadores neoyorquinos (Gene Kelly y Van Johnson) se pierden entre las brumas de las Highlands escocesas y van a parar a una pequeña aldea que no aparece en el mapa: Brigadoon? Sus aldeanos viven y visten como en el siglo XVIII, y uno de los forasteros se enamorará de una de las chicas del lugar (Cyd Charisse). Pero pronto averiguarán que sobre Brigadoon pesa un hechizo que hace que, a lo largo de un tiempo infinito, ese lugar sólo aparezca un día cada cien años...

Me acuerdo que durante esa única noche en la que existió El aviador estuve todo el rato tratando de comentarte algo que mi timidez me impidió finalmente decirte. Acababa de leer una entrevista contigo a propósito de *Cherokee*, donde decías que a veces en las calles oías cosas que te serían para las novelas. Y contabas que un día antes habías ido a ver a tu mecánico y que su mujer estaba haciéndote la factura y te invitó a sentarte. Había un perro que quería subírsete encima. La mujer dijo entonces: «A estos perritos les encantan las rodillas».

Esa noche en El aviador estuve intentando decirte todo el rato que aquella frase de las rodillas también me había

fascinado. No sé si eso explica que, años después, como guiño secreto a El aviador, me apropiara —en deliberada impostura— de la frase de la mujer del mecánico y la incluyera en *París no se acaba nunca*, donde escribí: «La mujer del mecánico parecía borracha, me dijo que para hablar con su marido había que pedir audiencia, y me invitó a sentarme. Me senté. Apareció un perro que quería subírseme encima. La mujer dijo entonces “A estos perritos les encantan las rodillas”. Y a mí lo que me encantó fue la frase. La anoté en el cuaderno que llevaba para tomar notas en la calle sobre aquellas cosas que pudieran serme útiles para mi libro».

Lo curioso del caso es que incluí la frase de los perritos y las rodillas en mi libro sobre París, y sin darme cuenta pasé a olvidarme de mi impostura y de qué garaje había salido, y fui apropiándome lentamente de la frase, hasta acabar creyéndola mía. Por eso me llevé una cierta sorpresa cuando recibí tu carta —la única que me has escrito: única como la noche única del bar El aviador—, donde me decías sentirte feliz de haber reencontrado en mi libro la idea de que los perritos adoran las rodillas. «Me alegra —me comentabas— haber reencontrado (p. 231 de la edición francesa) esa idea que exponen con fuerza las esposas de los mecánicos durante el instante fatal en el que nos confeccionan la factura».

Me pareció que mi impostura-guiño había terminado por propiciar una carta única, de género para mí *fantástico*, que me permitía saber que me leías (todo un orgullo para mí) y que, encima, habías captado mi fidelidad en el tiempo infinito a la noche única de El aviador.

J. E.: Sí, esta historia del perro y las rodillas tuvo otro destino. Yo también utilicé más tarde esta frase pronunciada por la mujer de mi mecánico (las palabras exactas eran: «Es que a estos animalitos les gustan mucho las rodillas»), en una novela titulada *Nosotros tres*. Sin embargo, ya no era pronunciada en un taller de coches sino en un avioncito modelo Piper Cheyenne que volaba sobre la región de Beauce, y quien decía eso de su perro era un especialista en técnicas espaciales. Esto es una prueba de que se puede reciclar todo en las circunstancias más diversas. De todas formas, el taller del que provino esa frase sigue existiendo, no muy lejos de mi casa, pero ya no le pertenece al mismo mecánico (cuya esposa y cuyo perro probablemente no sabrán jamás que tuvieron un pequeño papel en la escritura de por lo menos dos libros). Pero tú hablas de «impostura» y no creo que, sobre este asunto de tomar prestada una frase, sea ésta la palabra correcta. La impostura —y sobre todo el sentimiento de impostura— es algo distinto, mientras que aquí estamos hablando de nuestro trabajo mismo: captar, robar, apropiarse, desviar, romper en mil pedazos la percepción del mundo y reunir esos pedazos en un orden diferente para intentar dar una imagen reconstruida de ese mundo. Como haces tú, sin duda —y creo que sobre todo lo llevas a cabo en tu manera de utilizar la historia literaria—, yo nunca he dejado de tomar de todas partes cualquier clase de elemento (historias relatadas, palabras cogidas al vuelo, grafitis, fotografías instantáneas, fragmentos de películas, ñoñerías televisadas, citas, etc.) para maquillar después esas

cosas, como se suele decir en francés que se «maquilla» un coche robado, para intentar que funcionen en esta imagen reconstruida, en ese mal necesario que es un argumento.

Lo que podríamos llamar la imaginación de un novelista quizás no sea otra cosa que el trabajo de esta reconstrucción misma. Esos elementos que uno roba —y hacemos bien en robarlos, no le servirán nunca a nadie más, y si lo hacen será para un uso muy distinto— no siempre encuentran su lugar de una manera inmediata. A veces hay que esperar mucho tiempo antes de encontrar un sistema para avasallarlos, para ponerlos en escena y darles así la máxima existencia posible. En ocasiones se trata de cosas muy pequeñas, puede ser un detallito totalmente trivial pero que, quién sabe por qué, me encanta. Y nadie me asegura que le encantará a alguien más. Por ejemplo, en la calle de Belleville en París, de nuevo cerca de mi casa, hay una tienda de ropa femenina bastante modesta, no muy elegante, en cuyo escaparate colgaron un cartelito sobre el que está escrito: «También vestimos a las mujeres redondas». Como ves, no es más que un detalle ínfimo y trivial, pero este enunciado me maravilla por su curiosa mezcla de extrañeza y banalidad, de brusca sinceridad y torpe cortesía, de cierta ternura y de otras cosas más que se me escapan. Me gustaría mucho haber escrito esta frase irrisoria y ni siquiera estoy seguro de saber exactamente por qué. Ya que no la escribí, voy a robarla, por supuesto, pero hace años que espero encontrar el marco de ficción en el que jugará, en el mejor de los casos, discretamente, su minúsculo papel. Por el momento, todavía no lo he encontrado. No pierdo la

esperanza de que sea en mi próximo libro, si es que consigo escribirlo. Mientras tanto, Enrique, si esta frase te gusta tanto como a mí, te la ofrezco con mucho gusto.

E. V-M.: Se me escapa la risa, Jean. Lo has adivinado, la frase me encanta y ahora no estoy más que reprimiendo mis deseos de abalanzarme sobre ella y hacerla inmediatamente mía. Pero voy a controlarme, al menos para no apropiármela con tanta velocidad. Buscaré un punto intermedio entre hacerla mía y tratar de olvidarla. En mi próximo viaje a París iré a la calle de Belleville. Eso haré. Iré a esa calle a buscar la frase, me acercaré a ella sin prisas, como un viajero lento. Muchas veces me han preguntado por qué trabajo tanto con frases de otros autores. Practico —les digo— una literatura de investigación. Leo a los demás hasta volverlos otros. Este afán de apropiación incluye mi propia parodia. En mi libro autobiográfico *París no se acaba nunca* el narrador participa en un concurso de dobles de Hemingway sin parecerse nada a éste, participa sólo porque decide que se parece al escritor americano. Es decir, cree que es su «copia», pero no se le parece en nada.

Puede parecer paradójico, pero he buscado siempre mi originalidad de escritor en la asimilación de otras voces. Las ideas o frases adquieren otro sentido al ser glosadas, levemente retocadas, situadas en un contexto insólito. «Me llamo Erik Satie, como todo el mundo». Como ha escrito Juan Villoro, esta frase del compositor francés resume mi